

LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Ana Pellicer Vázquez

“Novela que es muchas novelas”

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Número 73, julio-septiembre de 2025, pp. 76-77.

ISSN: 01855727
Xalapa, Veracruz, México



Universidad Veracruzana
Dirección Editorial

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

La poesía de Peña es ágil, sencilla, pero no por eso deja de ser íntima, entrañable. Ofrece metáforas construidas a partir de un lenguaje llano, alrededor de planetas temáticos claros: padres, hijos y masculinidades. Se sabe que un cuerpo celeste tiene siempre una cara oscura...

sangre semen cuerpo” (33-34). Un torrente de imágenes que en su totalidad construyen eso que solo la poesía puede revelar, su naturaleza. La dicotomía labrada a lo largo del poemario resurge impoluta, fraguándose en un solo ser: “es mi hijo soy su padre / somos hombres” (35), perpetuando este juego de espejos familiar: “nos enseñaron a cargar / planetas sobre los hombros / a huir de casa o de nuestro planeta” (35). En el último apartado, el poeta se encarna en centauro, en “Notas del editor y/o autor”, el autor y su otra mitad editor explican y abundan en las intertextualidades que rondan en su poesía, desde personajes de la mitología como Quirón, pasando por versos de Emily Dickinson y descubrimientos científicos, hasta textos de la cultura popular con series como los *Años maravillosos*, *Bo-Jack Horseman* y películas de Pedro Infante. Para los lectores, ya sean poco o muy avezados, todas las referencias e imágenes dotan de un nuevo sentido a los poemas, lo que expande las posibilidades de lectura.

La poesía de Peña es ágil, sencilla, pero no por eso deja de ser íntima, entrañable. Ofrece metáforas construidas a partir de un lenguaje llano, alrededor de planetas temáticos claros: padres, hijos y masculinidades. Se

sabe que un cuerpo celeste tiene siempre una cara oscura; Peña la afronta y desciende en ella, es un robot explorador que nos muestra esas regiones distantes y oscuras, aterradoras y cautivadoras, ajenas y misteriosas, para el placer del curioso lector. La forma de mostrarlo es por medio de símbolos: el centauro, el padre, el maestro; revela todas las caras de la bestia, la criatura mitológica. Sus poemas son cinturones de versos que rodean ese planeta inhóspito que es la relación padre-hijo, repleto de recuerdos fragmentados, que no juzgan, evocan tiempos, vidas, estrellas, mitos. En un momento donde hay libros sobre la paternidad con acercamientos ramplones y cursis, la propuesta del autor examina la herida del centauro con precisión quirúrgica, muestra su dolor, sin regodearse en él ni caer en exhibicionismos; solo deja en claro que un padre no es un amigo ni un maestro: es Quirón, con su hijo a cuestas, es un centauro, pues, como el lenguaje, es uno y todo al mismo tiempo. **LPyH**

Jaime Rafael Barrientos Tapia es estudiante del doctorado en Humanidades, en la línea de Filología medieval, áurea y novohispana de la Universidad Autónoma Metropolitana.

Novela que es muchas novelas

Ana Pellicer Vázquez



Raquel Martínez-Gómez, *La máscara del rey maya*, Ciudad de México, Planeta, 2023, 448 pp.

Raquel Martínez-Gómez (Albacete, 1973) ha publicado su quinta novela, *La máscara del rey maya*, que contiene, en realidad, varias. Porque tiene algo de novela de aventuras, histórica y de indagación sobre el mundo maya, de novela de amor/desamor/deseo (amor por México, también), de novela de aprendizaje, de novela sobre el duelo y la orfandad, de novela política y de novela que no es novela sino trozos de muchas vidas o una suerte de autoficción novelada. Así que en esta hibridez tan posmoderna, en este trayecto complejo de juntar muchas piezas del puzzle navega Raquel Martínez-Gómez y llega, en mi opinión, a muy buen puerto.

La máscara del rey maya o *Arqueología del adiós* (su verdadero título) es un libro lleno de preguntas, complejo y reversible todo el tiempo. Aunque la novela bascula en torno a un hallazgo obvio, la Tumba de Pakal *El Grande*, hay múltiples descubrimientos que nos vamos encontrando a medida que leemos el

libro: sobre la propia identidad de sus personajes; sobre las dificultades del amor; de las elecciones libres, de las búsquedas de reconocimiento, sobre la orfandad y sus consecuencias. A veces estos hallazgos nos llevan a ampliar el campo de batalla y suponen un nuevo punto de partida. Porque creo que uno de los grandes atractivos del libro es cómo nos interpela personalmente a través de unos personajes históricos, supuestamente distantes y ajenos, que consiguen enfrentarnos con algunas de nuestras inquietudes más íntimas.

La novela es un viaje por la historia, por lugares reales como Palenque, Yucatán, Lisboa, Ciudad de México, Moscú, Veracruz, La Habana, Guadalajara (México), Montreal, Albacete... tan bien narrados todos los espacios que podemos respirarlos, olerlos, tocarlos, gozarlos (en esa capacidad narrativa tan plástica que la autora domina), y también es un paseo simbólico por todas las emociones, ideales y valores morales que sostienen a los personajes ficcionales de la novela y a los individuos reales que los inspiraron. El protagonista es el arqueólogo Alberto Ruz, cuya vida fascinante merece una novela y que la autora conoce tras un encuentro fortuito con su hijo Claudio. Aparecen también los hermanos Calista y Tony Guiteras, protagonistas de las luchas por la libertad en La Habana de los años treinta y que también resultan fascinantes en su encarnación ficcional. Resulta esta una novela muy política, precisamente porque habla de valores que ya no están de moda: la valentía, la honestidad, la pelea por la coherencia y la búsqueda de ideales de libertad.

Pero si hay una voz reivindicativa y coherente con la poé-

tica configuradora del libro, es la voz de Raquel: la narradora, la protagonista, la artífice, la que se empeña en traernos esta historia y en vivirla. Y precisamente todas las decisiones que la autora ha tomado para construir esta voz son, bajo mi punto de vista, lo más inteligente y valioso de la novela. Hay un juego consciente, muy trabajado y muy intencional precisamente sobre los límites de la realidad y la ficción, de la historia comprobable y de la autoficción. Es esta una manera sofisticada y muy eficaz de construir una novela histórica que trasciende los datos y las evidencias y se convierte en un texto trepidante, complejo, nada plano, y en el que el lector puede estar entrando y saliendo de manera activa. Así, consigue dinamitar las pautas clásicas de la novela histórica, precisamente para completarla, para hacerla mucho más compleja. En mi opinión, la parte metaliteraria de la novela es de lo más sugerente: para todos los lectores a los que les interesen las historias bien contadas pero que además tengan inquietudes sobre su confección, su arquitectura, su ingeniería interior, esta es su novela porque nos cuenta desde el principio cómo se idea, cómo se va escribiendo, cómo, incluso, está a punto de fracasar, cómo renace. La narradora, con un sentido autocrítico permanente, se cuestiona todo el tiempo, duda, flaquea, pregunta, se enfada, se asfixia y nos comparte ese proceso doloroso de escritura, esa epifanía de la creación que va de la mano de sus propias epifanías de vida. Escribe con sangre, sudor y lágrimas y comparte ese proceso desde dentro, desde las costuras, con todas sus hemorragias, sus heridas. Escribe pensando en Unamuno y en su novela, en Augusto Pérez y, así, las dos Raqueles (autora y personaje) pelean encarnizadamente saltando dentro y fuera del texto. *La máscara del rey maya* abre un debate sobre el propio oficio literario y también sobre el papel del lector, sobre los retos que se nos abren cuando vamos a afrontar una historia. Raquel Martínez-Gómez se cruzó con esta: la de un arqueólogo franco-cubano que había recorrido lo más apasionante del siglo xx europeo y latinoamericano y que había descubierto las claves del mundo maya para morir de un infarto en un hotel de Montreal, pero que también es la del hijo de 8 años que lo vio morir y se quedó tan instalado en ese duelo y en esa infancia que tuvo que encontrarse en Lisboa con una manchega valiente a la que sin conocer de nada le contó su vida entre lágrimas. A ella le atrapó esa manera de contar, ese dolor y esa orfandad porque la conectaron con su propio dolor y con su propia orfandad y fue entonces cuando decidió lanzarse a la ficción, contra viento y marea. Atreverse a contar esas vidas para atreverse, también, a contar la suya, su propio dolor y su camino, su verdadero camino. Todo ello con una pasión desmedida por la literatura, por el oficio de escribir y con una honestidad que se encuentra pocas veces. Es esta una novela muy ambiciosa en la que su autora ha podido manejar la dicotomía entre literatura y vida y ha sabido quedarse con las dos. **LPyH**

Ana Pellicer Vázquez (Madrid, 1976) es escritora y profesora de Literatura Latinoamericana en la Universidad Carlos III de Madrid y en la Universidad Internacional de La Rioja (UNIR).